

LOS PRESTIGIOS DE TOKIO.

Ahora que la capital del Japón tiene infausta actualidad, no creo inoportuno dar al lector un reflejo del poema pictórico en que Hiroshigué la celebró, a manera de elogio fúnebre ante tantas bellezas destruídas...

De la aurora al crepúsculo Hiroshigué divagó por la gran ciudad; en las veladas de fiesta, al fulgor de fogatas y faroles; en las noches de plata del encantado plenilunio y cuando el astro agorero y siniestro derrama sobre pinos verdinegros y techumbres moradas la flava luz de su octante azufroso y corroído.

Noctámbulo de la noche fantástica, peregrino del día sonoro y luminoso, no retornaba al taller sino cuando llena de impresiones la retina y la manga del «haori» repleta con bocetos esquemáticos y anotaciones coloridas, que él solo descifraba, había asegurado materiales suficientes para la obra eficaz y definitiva. Y no llegaba la noche, ni albeaba el día sin que Hiroshigué añadiera nueva y brillante página a sus álbumes pintorescos.

Así creó la historia matizada de la gran urbe amarilla, de la enorme y sombría Yedo, toda negra entre sus verdes pinares y sus canales azules; Venecia pavorosa y trágica, sacudida por los terremotos, caldeada por los incendios, acorazada por sus imbricadas techumbres, como un fiero samurai bajo su armadura crustácea y sobre tanta negrura coronada por un penacho luminoso, cimera radiante, criera deshebrada en hilos de plata, el Fuziyama!

Pero de la feudal metrópoli, torva ciudadela del shiogunato, Hierópolis velada por el incienso de mil bonze-rías en una nube de nirvana; de la ciudad formidable y claustral que todo viajero halló melancólica y opresora, Hiroshigué dejó sobre el papel una visión magnífica, vibrante de luz y de color!...

Todos los prestigios, todas las virtudes, todas las maravillas de su pincel mágico, sirvieron a Hiroshigué para engalanar la ciudad amada.

El, el «hikeshi» que luchara en la brigada de bomberos por salvarla del fuego después, convertido en pintor, la hizo arder en las hornallas del sol y la abrasó en las azules y lentas combustiones de la luna.

Exaltó la feracidad lujuriosa de sus bosques y sus parques con verdor de eternas primaveras; volcó en sus ríos, en sus canales y en sus esteros, aludes de turquesas y lápizlázulis; deshizo en el cielo de sus auroras polvo de rubíes y de zafiros; desmayó en sus crepúsculos espíritus de topacios y amatistas; hizo más blanco el claror

de la nieve que la amortajaba en el invierno mortal; acrisoló el oro de sus otoños, acordando su paleta en los brocados del erablo, y como si eso no bastara, animó sus paisajes con figuras de vistoso indumento, empavesó los santuarios con mástiles y flámulas y banderolas; desplegó cortejos de daimios sobre los combos puentes; evocó en todas partes la tradición vetusta; exhumó la leyenda de sus hondos relicarios y asomó por doquiera el rostro locuaz y expresivo de la vivaz anécdota.

Y así, sutil arquitecto, levantó a la gloria de la sombría y hosca metrópoli japonesa ese monumento hecho de color y de luz que se llama: «Meisho Yedo Hiakei» o sea: «Cien lugares pintorescos de Yedo».

Todo eso he evocado entre el sombrero crespón del pésame que me identifica con el viril pueblo de Oriente, hijo de la sabia China...

JOSÉ JUAN TABIADA

Nueva York, setiembre 1923.

(Excelsior, México, D. F.)

REFLEXIONES Y LECTURAS

“Hombres esenciales”

No hay ciencia más difícil que la de conocerse a sí mismo. Pero la verdad de esta sentencia milenaria resulta todavía más patente cuando no se trata de un simple individuo humano, sino de toda una época.

«¿Y quién soy yo?»... es la ardua pregunta que cada uno se hace en los raros momentos en que se queda a solas con su propia conciencia. La interrogación suele perderse, incontestada, en una penumbra interior de incertidumbre y melancolía. «¿Qué somos nosotros?»... inquiera, a su vez, cada generación, cada siglo. Las respuestas son múltiples, contradictorias, arbitrarias, porque siempre se basan en una comparación de la época presente con las épocas pasadas o con los ideales que aquélla lleva en su seno, soñando con realizarlos en las épocas futuras. Es decir, que se compara una cosa que se desconoce—lo actual, que cabalmente se aspira a conocer—con otras dos cosas—lo pretérito y lo venidero—mucho más desconocidas todavía.

«¿Qué es este siglo xx?»... ¿Es, con sus dolores y sus bajezas, una etapa ascendente, en que la ciencia está descubriendo quizás más verdades que en el transcurso de todos los siglos anteriores, y en que la sociedad avanza, inquietante, hacia la justicia? ¿O es, por el contrario, un período de decadencia, un siglo envejecido, escéptico, materialista, interesado, gozador, que ha de presenciar el derrumbamiento de la civilización de Occidente?

¡Cuán difícil el conocernos a nosotros mismos! Lo estorban dos ilusiones opuestas. De un lado está la ilusión del progreso, la creencia mística de que la Humanidad hace su camino a través de la Historia marchando hacia el cumplimiento de un vago destino de perfección y de grandeza. El presente parece entonces mejor

que el pasado. Pero existe, por otra parte, el espejismo del ayer, el poder embellecedor del recuerdo que, como un hábil artista, esfuma los pormenores enojosos, las cotidianas miserias y deja sólo las grandes líneas, las nobles siluetas lejanas, poetizadas por el crepúsculo. Entonces parece que cualquier tiempo pasado fué mejor...

Para comprender lo que es nuestra época nada hay como situarnos bruscamente en una época remota. Tal sentíamos la otra tarde al hojear, en el ocio del domingo, junto al balcón entornado, el último volumen de la colección de «Clásicos castellanos», que «La Lectura» edita. En él veíamos aparecer las facciones severas y los esforzados ánimos de los «Claros varones de Castilla», cuyos hechos nos cuenta Fernando del Pulgar, buen caballero, sobrio escritor, fiel secretario de los Reyes Católicos.

Nos hallábamos como en una galería de retratos. Algo favorecidos, sin duda, los personajes por el arte del pintor, mostraban, no obstante, animación, vida, parecido, realidad humana. Ahí quedan en esas páginas, con sus flaquezas y sus hazañas, cada cual como Dios lo crió y él se hizo sobre la tierra. Y ahora, ¿qué impresión recibimos cuando, tras de contemplar los rostros de esos antepasados, volvemos súbitamente los ojos a los hombres de hoy, españoles del siglo xx?

Por de pronto, nosotros somos mucho más refinados, mucho más complicados y evolucionados, más sutiles o más hipócritas que aquellos varones de antaño. El propio Fernando del Pulgar, en cuyos recios párrafos pasa ya una brisa del Renacimiento, dice desenfadadamente, en obra ofrendada a los Reyes Católicos, que doña Isabel «amaba mucho al rey su marido, e celábalo fuera de toda medida»... y